

Equivalencia de las culturas y tiranía de las identidades*

Hele Béji**

La igualdad de las culturas, lejos de desembocar en un verdadero diálogo entre culturas, genera y difunde una peligrosa tiranía de las identidades. En lugar de dar paso a una comunicación que permita la interacción, el acercamiento y el enriquecimiento mutuo de las culturas, el supuesto diálogo ha llevado a una especie de narcisismo, en el cual cada cultura se encierra en sí misma. Este trabajo muestra que, incluso los principios de universalidad en la cultura occidental llevan en sí reivindicaciones particulares.

El principio de equivalencia de las culturas, difundido por Europa en la cúspide de su supremacía, afecta las bases de la identidad occidental; ésta sufre un contragolpe en su propia filosofía política: resalta el prestigio de cada cultura y ello conduce a un nivel democrático que des-

* Este artículo fue publicado en la revista internacional *Sprit*, núm. 228, enero, 1997, *La fièvre identitaire*, París. Traducción: Joel Flores Rentería y Haik O'dabachian Bermúdez. Trabajo realizado en el marco del proyecto interinstitucional Identidad e intolerancia (UNAM/FCPS/UAM-X), financiado por PAPIIT-CONACYT y coordinado por la Dra. Silvia Molina.

** Escritor, autor de numerosas obras, entre otras, *Désenchantement national*, La Découverte, 1982; *L'Art contre la culture*, Intersignes, 1994.

arregla el juego de la dominación clásica. Aunque los nuevos Estados se encuentran inmersos en una enorme empresa de imitación y en un proceso de civilización, ello no impide que la modernidad se encuentre en un agitado debate consigo misma.

La crisis de las culturas tradicionales, sometidas a la necesidad despiadada de transformarse para sobrevivir, impone una asimilación violenta de la conciencia moderna, para lo cual no están preparadas. La reconquista de las identidades es también una forma de adquirir poder en el terreno de lo universal. Todos desean ingresar al mundo de los conocimientos y de las técnicas, sin los cuales no se puede esperar otra cosa más que una sobrevivencia miserable o una quimera. Pero ¿cómo evitar la destrucción de las características particulares de cada cultura?

Occidente mismo, ante la maravillosa diversidad de costumbres humanas, jamás ha pretendido su total desaparición; conoce también la inquietud de ver consumirse esos focos de arcaísmo en la religión del progreso (Jünger); igualmente ha perseguido, en su sueño más íntimo, a "la perla de oriente", abandonándose en viajes inefables. ¡El mundo le parece insubstancial, si la extrañeza infinita de espacios y tiempos no figura! ¡Todo sería plano y monótono! La lejanía y la cercanía serían intercambiables. Una inmovilidad moral recubrirá todas las cosas con un velo idéntico y sofocante. Toda la creación sería consagrada a la melancolía y toda inspiración a la neurosis. La disponibilidad interior sería sacrificada, el constreñimiento de las almas sería general. La "clepsidra del tedio" sería la desolación de nuestro pensamiento.

Oriente y Occidente están limitados con sentimientos recíprocos de controversia y envidia; cómplices a pesar de sus diferencias, en secreto perenne desean vencer uno al otro, bien por la fuerza bien por la persuasión; ambos en busca de la diversidad poética, de la cual el hombre siempre acecha la existencia de sus beneficios.

Mientras tanto, la edad democrática, en la cual hacen irrupción las culturas, genera un cambio en éstas; sin duda, hace más accesibles unas a las otras, pero al mismo tiempo las hace más narcisistas. La expresión democrática de las culturas es un camino complejo y paradójico. En efecto, cultura y democracia forman, en cada uno de nosotros, vínculos de doble atadura, que nuestro universo familiar parece no poder admitir. La democracia ha ensanchado nuestras necesidades culturales y la cultura ha agrandado nuestras aspiraciones democráticas. La idea de un mundo civilizado se ha vuelto inconcebible sin esta valiosa combinación de emancipación cultural y de libertad democrática. La cultura es el equilibrio invisible de las cosas que nos rodean, la democracia es el orden visible de quienes nos gobiernan. La cultura es una configuración

del ser, la democracia una organización para la existencia. Una nos ayuda a vivir y la otra a entrar en acción.

A pesar de que hemos adquirido, por méritos de nuestra cultura, rasgos profundos de nuestra individualidad, no estamos tranquilos, pues falta elevarnos hacia ese grado de soberanía que ilustra el bien de todos, accesible a la mayoría, el cual deviene en virtud moderna por excelencia. La cultura es un aprendizaje de la libertad individual; la democracia lo es de la voluntad general.

Antaño conciencia aristocrática, hogaño la cultura no tira sus cartas de nobleza y comparte sus privilegios con la mayoría. Este gusto por la igualdad, que se retoma en la mayor parte de las creaciones culturales, comprende incluso a las identidades, quienes deben consentir las manifestación de todas las culturas, sin que alguna sacrifique lo que le pertenece. La sociedad mundial se desenvuelve en un nuevo teatro, donde cada uno, más y más consciente de su originalidad, quiere forzar el reconocimiento universal. En nuestros días, el derecho cultural no es vivido de ningún otro modo que no sea un derecho natural.

La consecuencia más inmediata del principio de igualdad de las culturas es que todas las comunidades, grandes o pequeñas, quieren aportar a su sed de identidad una justificación moral y filosófica. Paradójicamente, la universalidad del principio cultural anima a todas las reivindicaciones particulares. Lo universal ha entrado en una categoría restringida, no se le considera más que una peripecia histórica entre otras. Hoy día ninguna sociedad se resiste al interés que suscita el culto a sus orígenes. La cultura occidental retorna a su torre de la razón universal a fin de celebrar sus emociones particulares. Libre del peso de sus antiguas utopías se deja deslizar hacia sus ambiciones identitarias, que terminarán por atrofiar sus recursos intelectuales y sus fuerzas de exploración. Se vuelve hacia sí misma con un alma desgana y descolorida. Esto es lo que le da una fisonomía puramente existencial, donde la afirmación del yo devora las formas superiores del espíritu.

En la actualidad es banal confundir la voluntad de manifestarse con el artificio de exhibirse; nos abandonamos a una especie de lucha, donde todo lo que se proclama está destinado a no significar nada. La apología del genio rodea la adulación del imbécil. La ignorancia es más codiciada que el saber, y la incredulidad no es menos fetichista que la creencia. ¡Todo mensaje se siente digno de ser lucido, y toda *chifladura* cree merecer aplausos! Cuando las identidades ceden al engaño y se abandonan a la autocomplacencia, los espíritus se vuelven más irreflexivos, las ideas más limita-

das, las opiniones más primitivas y los sentimientos más groseros. Se diría que la cultura ya no es digna de pertenecer al orden superior de los conocimientos adquiridos, sino que ha caído rotundamente en el desorden rudimentario de lo innato ¡Esto sería una bella ironía, una suerte de retorno a los instintos fanáticos del estado salvaje!

No hay que asombrarse que tanta gente experimente un malestar indefinible en los foros contemporáneos de la cultura. Tienen la impresión de vivir constantemente bajo la luz pálida de un gran aparador, de donde toda realidad surge como una de las múltiples ilusiones artificiales de la publicidad. ¡Extraño magazine metafísico es aquél, donde el menor de nuestros actos, la más indulgente de nuestras palabras, son vendidas como juguetes, adornos de méritos insignes de nuestra identidad cultural! ¡El sexo, las vacaciones, el mar, la montaña, el cielo, Dios, el Estado, el suburbio, la villa, el amor, el odio, la juventud, la vejez, etcétera, todo envuelto, de aquí en adelante, en una obsesión de significados culturales, al punto que nos hundimos bajo una masa de uniformes distintivos, erizados de medallas y coronas con laureles que no dejan ver la desnudez de nuestra condición!

La equivalencia de las culturas ha sido una gran conquista del espíritu moderno, pero al mismo tiempo sumerge a la razón en una profunda perplejidad. Con facilidad, la cultura es invocada para integrarnos, sospechosamente, a su autenticidad. Habrá más identidades culturales que satisfacer, y menos verdades que discernir. Este requerimiento permanente ha devenido en la principal minusvalía de nuestra facultad de juzgar. La humanidad se hunde en una geografía confusa, donde la obsesión por nuestras fronteras confunden la visión de nuestro criterio. ¿Cómo introducir un principio de racionalidad común, cuando cada cultura reclama una razón única ante sus ojos para fundar sus méritos? El argumento cultural puede ser invocado para todos los propósitos y nadie está en posición de refutar su autoridad. ¿Cuántos energúmenos, sin fe y sin ley, se envuelven en las raíces de su cultura para infligirnos el espectáculo de sus mentiras y de sus excentricidades?

El espectáculo de la identidad y el agotamiento cultural

Existe un movimiento general de la representación cultural que populariza la tiranía de las identidades. Contrariamente a lo esperado, la equivalencia de las culturas exci-

ta en nosotros la creciente necesidad de distinguirnos y de exaltarnos. Las culturas se fortalecen por su capacidad de confrontarse. Todo ha sido una victoria sobre la discriminación racial, una formidable destrucción de la desigualdad natural: la diversidad humana restablecida en la dignidad de su condición y un sobresalto de la sensibilidad de los hombres contra la uniformidad. Hoy día la cultura traiciona sus legados, cuyos móviles son mucho menos inocentes que aquéllos presentados por el "diálogo de las culturas". Es aquí donde debería efectuarse una mejor comprensión entre los hombres; sin embargo deja, por el contrario, una impresión general de malentendidos. Los excesos de reivindicaciones, *tout acimut*, crean una inestabilidad crónica de las identidades, la cual acentúa el sentimiento de desarraigo en lugar de debilitarlo.

Cada ser humano será presa no sólo de sus propias pasiones culturales, que debían de protegerlo del anonimato aplastante del mundo moderno, sino también del espectáculo de todos aquellos que pretenden las mismas prerrogativas. Cada quien construye sus orígenes según su propio fervor, sin someter a nadie su argumentación y sufre la aplicación de la misma ley arbitraria por parte de los otros. No sé si todavía le quede a este individuo suficiente energía para abrirse camino, pero yo no daría gran cosa por su equilibrio y su razón, si no se administra una buena dosis de escepticismo y desapego para sobrevivir. De esta manera, lo que se anunció como un remedio para la angustia moderna corre el riesgo de acrecentarla, la aguda amargura causada por la disipación de nuestras ilusiones nos deja aún más vulnerables por la herida de una falsa esperanza.

La manifestación espectacular de toda identidad lleva en sí su agotamiento. El individuo, lejos de alcanzar la cohesión buscada, vive en la dispersión y el escándalo. Debe esforzarse por admitir todo sin olvidar jamás; ni el lugar que ocupa ni el rol que desempeña le indican claramente el momento real de la tregua esperada; intenta, febril y mecánicamente, fijarse una pertenencia, no obstante, la agitación es tal que no ha descubierto más que una huida, donde él ya no se pertenece a sí mismo.

Se ha creído enriquecer de una cultura pero se ha empobrecido la conciencia, se ha expresado la diferencia pero se ha limitado la facultad de pensar; se ha atado a un origen pero se ha separado de los principios, se han multiplicado las vías de acceso a lo universal pero se ha perdido el camino. "Lo falso es susceptible de una multitud de combinaciones, pero lo verdadero sólo tiene una manera de ser," decía Rousseau. Sin duda, la cultura no tiene el mismo sentido cuando se le busca en un discurso, pues abandona el rigor la conciencia para unirse a la lógica de una ideología, donde

los rasgos profundos de nuestra "capacidad de ser" no saben cómo deshacerse de nuestras ilusiones de existir.

Culturas iguales, culturas rivales

El existencialismo cultural ejerce sobre la multitud un poder de atracción inmenso, un llamado temible de afectos oscuros. Las identidades culturales son también formas disfrazadas de las pasiones políticas y con este título ocultan, tras los votos de tolerancia, despiadados apetitos de dominación. En realidad, la celebración universal de las culturas no ha doblegado el orgullo natural que cada uno imprime a su cultura, ni la aceptación de otras ha disminuido ante nuestros ojos el prestigio particular que otorgamos a la nuestra. "Por el contrario, nadie ha llegado todavía a arrancarnos la convicción de creer que lo propio constituye el centro del universo. El hombre se inclina siempre a considerar lo diferente a él como falto de humanidad y a poner mala cara a quien no tenga sus mismos rasgos. Guarda en el fondo un carácter salvaje, de niño pequeño, ante lo extraño que entra en su hogar. Pero también el hombre es naturalmente curioso y hospitalario, y en cada etapa de su existencia ha buscado un resultado honorable a su 'insociable sociabilidad' " (Kant).

Esta característica se confirma con el hecho de que el principio de igualdad de las culturas tiene también por consecuencia instalarlas en su rivalidad, no se trata tanto rechazar a las otras como de afirmarse a sí misma.

¿Cuántas veces hemos experimentado el deseo de no existir por la fuerte oposición a aquello que no queremos ser? Actualmente, el europeo tiene necesidad de la imagen del musulmán para sentirse más democrático y más libre, la usa en su provecho, y le ayuda a persuadirse de los méritos de su propia civilización. De la misma manera, el musulmán gusta compararse con Occidente, a fin de descubrirse más cauroso y más fraternal; ve en Occidente una sociedad demasiado material que le ofrece la ocasión de felicitarse por la superioridad de sus gustos más espirituales y por sus tradiciones afables y desinteresadas. Cada uno está hecho de tal manera que reclama el elogio de su cultura para pacificar su conciencia y justificar su conducta.

Hay que comenzar por revisar esta opinión tan difundida, según la cual la cultura no es más que indulgencia del corazón y tolerancia del espíritu; sus tendencias actuales la llevan hacia una confrontación, donde cada reivindicación aumenta su grado

de intensidad para imponerse, excitando el frenesí de su autoafirmación. Además le será exigido un espíritu de apertura y comprensión; todavía más, la cultura se mezcla con apreciaciones confusas, por ello será necesario radicalizarse para restablecer la distancia, sin la cual no tiene de donde asirse y desaparece en sí misma. "Las naciones son como los individuos, escribe Michelet en *Tableau de la Francé*, conocen y distinguen su personalidad por la resistencia a lo que no se es, y afirman su yo, por el no yo".

No se puede fingir y creer que la cultura es la reina de las virtudes del altruismo y de elegancia intelectual. Quienes alaban el diálogo de las culturas, como ese entendimiento universal, ignoran deliberadamente la parte de intolerancia y de narcisismo desmedido que éste oculta. La cultura no siempre es el rasgo que lleva a valorarnos, tampoco es inseparable de nuestra historia política y nacional. La cultura puede unir las virtudes más nobles del patriotismo con los vicios del más horroroso racismo. ¿Quién podría hoy afirmar lo que decía Goethe?:

Extraña cosa que es el odio nacional. Está un escalón más abajo de la civilización que usted encuentre más fuerte y más violenta; pero a un nivel en el cual desaparece completamente, se encuentra, por decirlo así, ubicado debajo de las naciones, donde descansa la felicidad y el dolor del pueblo vecino, como los de su propio pueblo. ¡Esta conducta fue conforme a mi naturaleza, y habré esperar mucho tiempo antes de mi sexagésimo aniversario!

¿Pero cómo poder ignorar que el mundo donde nos hemos bañado desde la infancia ilustrará siempre lo que es más raro y más precioso, cuya pérdida definitiva entraña problemas de personalidad y sufrimientos del alma tan devastadores como el destierro? Nuestra cultura es un equilibrio en el cual se corresponden lo visible y lo invisible en una maravillosa armonía que nos tranquiliza. Es el misterio de su resonancia lo que nos da una certeza profunda y durable de nosotros mismos; nos maravillamos del espectáculo de las obras inimitables de la naturaleza, pero el saber que nosotros mismos estamos dotados del genio de la creación, nos llena más de orgullo y de nobleza. Frente al arte de nuestras obras disfrutamos ese instante indecible, cuya fuerza y cualidad de la emoción rindieron a Proust la muerte indiferente, le permitieron vencer el tiempo, y disfrutar "el estadio de pureza". La cultura es ese estado privilegiado donde la conciencia de nuestro yo se subleva a nuestro instinto

superior de creación. Es la aparición de lo humano ante sí mismo, y es en su luz que las cosas tienen una configuración y una verdad. Todo lo que nos parece privado de humanidad es, a nuestros ojos, pobre de verdadera cultura. No hay que asombrarse si, a menudo, las gentes que creemos más instruidas están desprovistas y carentes de esa ternura poética, de esa aura carnal, que dispensa y nos lleva a refugiarnos en la humanidad analfabeta.

Pero llegado el momento estas impresiones no son recibidas naturalmente, devienen en instrumentos de una ideología, es entonces que nuestra sensibilidad cambia. Quien hace de su pertenencia la clave de un enigma deja de plantearse dudas sobre su verdadera vocación. Desde luego, ésta es objeto de un discurso; la conciencia cultural no es todo acontecimiento de la cultura. El conjunto social, mundano o político, introduce los gérmenes virulentos del despotismo al corazón de los desórdenes del hombre moderno.

El repliegue del ciudadano en su "ciudadela cultural"

Los radicalismos culturales explotan la angustia individual del hombre moderno, y también eso que Freud llamó la "miseria psicológica de la masa". El progreso social acostumbra a los ciudadanos a hacer que lo humano dependa exclusivamente del nivel de vida y en su actuar desprecia las maneras de ser en un mundo que pronto pone precio a la existencia en la densidad de la relación, les ha conducido a una soledad y a una angustia tales que no les queda más que la sed del *performance* para suministrar una flama mecánica a sus reconocimientos.

Mientras tanto, el encanto y la civilidad de la existencia se desnaturalizan a causa de una organización social sin tregua y sin piedad, se instala en su lugar una irritación melancólica y cotidiana donde la vida peligra. ¿Es legítimo que el individuo experimente con el sufrimiento más violento el mal identitario de toda su sociedad y que se transforme en víctima, sin defensa de las identificaciones subjetivas que pretenden liberarlo de su pasividad?

El ciudadano moderno descubre, a pesar de sus numerosos privilegios, su propio destierro en el corazón de su sociedad, expulsa todo de su fuero interno para seguir sirviendo a la sociedad bajo diversas formas de resignación donde, a veces, las vías de la revuelta quebrantan su sumisión inclinándolo esporádicamente al vandalismo y

a la destrucción. Toda reivindicación identitaria, sean cuales sean sus discursos y sus métodos, parece más humana, más verdadera, que ese exilio infame, al que le condena la soledad de la civilización. La cultura actual enajena progresivamente el sabor de la existencia, la gracia de las cosas, la felicidad cotidiana de conversar, en suma, la civilidad. Incita al ciudadano a asirse de cualquier figura simbólica sin importar cuál, y ello le parecerá tocar el verdadero corazón viviente de las cosas. Un modo social cada vez más individual, abstracto y debilitado, arroja al ciudadano en dirección de todas las pasiones primitivas del yo, sin importar el grado de tiranía que éstas ejerzan sobre su personalidad. La sociedad del progreso termina por dar la impresión de que el progreso es una cosa inhumana en sí, y no se puede culpar a los hombres de hoy por fabricarse nuevos arcaísmos que les procuren la felicidad de realizarse o al menos el sentimiento de preservarse. El poder material pisotea el alma de aquéllos que son sus autores y toda postura mística encuentra un terreno fértil para sus doctrinas.

¡Entonces no hay que asombrarse demasiado de las promesas de salud que contiene la esperanza identitaria! Cada quien la persigue no con el espíritu de descubrir a los otros, sino con la idea de retornar a sí mismo. Tampoco nos dejemos engañar por la coexistencia pacífica que surge del diálogo de las culturas. En el discurso de las diferencias, donde todas son valoradas por igual, se aprecia, se acoge y se celebra una hipocresía que pasa en silencio, la radicalización de las identidades hostigadas por el dogma del pluralismo, sujetas a una promiscuidad artificial y simulada.

Este discurso exige demasiado. Convoca a abrasarlo todo, a tolerarlo todo, y perdiendo todo criterio de tolerancia y de discernimiento, y en una reflexión, *contra-nus sensu*, dictada por la amenaza de verse desaparecer, la cultura va a juntar su ser esparcido en mil de direcciones, para arraigarlo a sí misma.

Entre más se mezclen las culturas, más dejan ver un deseo de pureza. Aquéllos que preconizan la apertura a todo deberían saber que producirán un efecto inverso, y que aun el individuo más perspicaz sólo recogerá titubeos e incertidumbre. Sin importar hacia qué lado se vuelva, sufrirá la imperiosa necesidad de contar con un lugar firme y un abrigo seguro.

No existe entonces, como se podría creer, la comprensión general de las culturas, pues en esta mezcla confusa, es el yo quien sale siempre a flote e impone un límite más sólido. El egoísmo arranca del ser desorientado, el último punto de equilibrio. En ese momento, todo lo que no sea "yo" es calificado de inconsistente y de falso. Cuando la imagen de lo humano ya no se fija en ninguna parte y flota en un caos

indiscernible, el centro de lo humano regresa siempre a sí mismo. La cultura deviene frontera del oscuro instinto de vida, y cada uno eleva su ciudadela íntima para constituirse en su guardián. Allí, en esa prisión, lo humano nos parece mejor preservado que en cualquier otra parte.

Cuando la comunicación prohíbe el diálogo

El oriental se convence que, detrás de esa muralla, conserva un ideal inaccesible al europeo; a su vez, este último se alimenta de la convicción secreta de que su genio es inimitable. De allí que los dos comparten, al menos, el mismo instinto de superioridad del yo, ininteligible a los otros, evidente para sí y que asimilan al seno de su cultura. En el fondo ni uno ni el otro cree que su privilegio es intercambiable, y no es insensato pensar que las guerras sean declaradas cuando uno se empeña en sacar al otro de su quietud. Si bien las discusiones sobre el color de la piel han girado en torno a la monotonía académica, la legitimidad de mi cultura y la ilegitimidad de la cultura del vecino han recuperado en violencia y en anatema todas las armas que se había creído destruidas con el final de los colonialismos raciales.

Es necesario admitir que la cultura, a pesar de su aspecto sublime, ha respondido también a algunos discursos cuyos programas ideológicos despiertan sospecha. ¿Acaso la comunicación cultural no habrá de ser un verdadero lazo de unión entre los hombres? ¿Habrá ella de humanizar la sociedad mundial? ¿Nos permitirá ésta alcanzar ese grado de serenidad superior que evoca Goethe o será fuente de despotismo? Paradójicamente, el descubrimiento de la universalidad del hecho cultural ha agudizado las reivindicaciones particulares y lo universal ha caído en categorías históricas y cambiantes de la cultura.

Ni siquiera la vida intelectual llega a liberarse de este existencialismo que se satisface con una expresión rudimentaria de su identidad. Cualquiera que sea la trivialidad de nuestro mensaje beneficia pronto a sus receptores y su veracidad no podrá ser comprobada. El derecho a la comunicación es el derecho a la democratización de la cultura. Es un progreso para la sociedad, pero no es seguro que lo sea para la conciencia. ¡Esto sería el colmo, la facilidad del acceso a la cultura entrama al mismo tiempo el debilitamiento de nuestras exigencias interiores! Veamos un poco lo que pasa hoy en materia de intercambio cultural. No se puede negar el crédito que se

otorgan, recíprocamente, el Occidente y el islam: reportajes, libros, debates y confrontaciones. No es una tribuna donde uno se acoge y se congratula, cada interlocutor se retira con una impresión de frustración y de malentendido. Los dos han cedido ante la necesidad de hacer hablar a su identidad para revelar su propia humanidad. No obstante, esta perspectiva no deja de ser ilusoria, pues los interlocutores, al expresarse, incurrir en nuevas formas de ignorancia, donde la victoria del simulacro y los clichés privan cotidianamente al espíritu humano de su sano ejercicio de la perspicacia y de la verdad. El que todo se defina como cultural carga a cada identidad de un poder de fascinación que sobrepasa nuestra facultad de juicio. El grado de insignificancia de un objeto cultural no perturba su capacidad de resonancia. La tontería y la irresponsabilidad intelectuales gozan de un vasto teatro, donde la exterioridad de los signos no requiere de ninguna exigencia más que de aquella dictada por el narcisismo efímero de nuestras pasiones. Se mantiene en la ilusión que lo extraño está cerca de nosotros, pero no se hace más que cultivar una familia artificial en la frialdad del anonimato.

Esta atmósfera no es propicia para las aspiraciones del hombre honesto, pues se siente golpeado por un desánimo intelectual que, afectándolo, le evita el uso de su buen sentido y de su razón. Aun el demócrata considera, con escepticismo, las formas extravagantes y triviales de la libertad de expresión. La cultura, al parecer, ya no pertenece al movimiento luminoso del espíritu, sino a la lógica ciega del mundo; la democracia no obedece más a la razón, sino al imperio de la sociedad. Estas dos fuerzas, autómatas y brutales, guían la marcha de la civilización y, en lugar de perfeccionar nuestras libertades y elevar nuestros espíritus, excitan los reflejos y el conformismo de la gente. Jamás los fanatismos han sido tan bien disimulados como bajo el reino del pluralismo de las culturas. La cultura se deteriora día a día en los lugares donde forja su poder y la democracia se atrofia bajo el poder de sus órganos de difusión.

Un mismo reto para todos: afrontar lo inhumano

Los dos extremos se tocan. Las nuevas culturas han descubierto en el mundo de la comunicación una tribuna inesperada. Pero también es allí donde se van a nutrir con nuevos dogmas los cuales, en comparación con los del pensamiento colonial, pare-

cen un anacronismo inofensivo. Las democracias occidentales han llegado a un punto de su evolución donde los intelectuales deploran, en sus órganos de comunicación, un nuevo modo de domesticación de las conciencias. Formas disfrazadas de propaganda, nuevas servidumbres sectarias, degradación de las relaciones cotidianas, una ciudadanía privada de la función de ponerse en marcha, individualismo salvaje, brutalidad social, un oscurantismo propio de la cultura moderna; todo ello genera una fuerte inquietud que oprime a los pensadores occidentales.

Las culturas descolonizadas aún no han construido democracias creíbles a sus propios ojos. Muchas han dado a su nacionalismo una interpretación vacía de fuerza emancipadora y se limitan a un pensamiento estrecho, donde la libertad es sacrificada. Hay allí una especie de convergencia de tiempos que no se da por azar. No se comprende la amenaza política de los países descolonizados si no se esclarecen las formas particulares e inhumanas de la modernidad. Esos dos mundos, aunque muy diferentes, se hacen presentes frecuentemente y, si bien los separan grandes rupturas, se encuentran ante el mismo dilema: la tarea de humanizar a la modernidad. Esta correspondencia entre las sociedades ha llegado a un grado de perfeccionamiento que los estragos humanos son bastante cercanos. Por principio de cuentas los daños generados por el abandono y el subdesarrollo en las sociedades, que para salir de la miseria y de la ineficiencia tienen como única elección la racionalidad y van, finalmente, a reunirse ante el reto de afrontar figuras propias de lo inhumano.

Pero la imaginación política de los hombres, en su conjunto, se ha vuelto dogmática. Sin importar que se sea rico o pobre no se sabe bien cómo renovar la democracia aquí o cómo fundarla allá. Unos invocan el fin de un ciclo, donde el modernismo ha tomado una rigidez que no se conoce más que por los arcaísmos; otros comienzan una historia, donde la tradición no ha aportado todavía la solución viable a los males de su sociedad. La vida moderna nunca llega a curarse de sus propias aberraciones y la tradición ha deshonrado a sus adeptos, no se encuentra nada mejor que la impostura religiosa para luchar contra los abusos de la civilización del progreso. Si bien la cultura democrática descubre, en el acto de consumir y de producir, una demanda tiránica de la conciencia individual que arrastra a la servidumbre de las masas, en el mundo descolonizado prevalece el despotismo oriental, el énfasis de la identidad y la tentación a la infamia.

La humanidad ha sido sacrificada entre los que no llegan a reflexionar por ellos mismos en libertad, por apego a la representación cultural del origen y aquéllos que,

en nombre de la libertad, han dejado desarrollar las herramientas del control de la cultura. La cultura ya no aparece como un pensamiento de la libertad, sino como una ideología de la servidumbre, y la democracia no es más un arte de gobernar sino una técnica del poder.

El reencuentro de las culturas no ha alcanzado la universalidad, por el contrario, ésta la ha oscurecido al creer ver que su filosofía ilumina toda la Tierra. La ideología cultural se magnifica a sí misma en la emancipación política de las comunidades tradicionales que han aportado a la conciencia moderna un horizonte incomparable. Ésta crea rápidamente una respuesta a las formas dominantes de la civilización, pero se encuentra ante una paradoja, por un lado reproducir los modelos hegemónicos, por otro, disputarles su autoridad sobre el mundo.

La modernidad continúa extendiéndose con esa comodidad que la caracteriza y aquella necesidad que recoge todo a su paso. Pero es esa inmensidad la que va a enredar su itinerario y a transformarla desde su interior, como si quisiera moldearla sobre la humanidad toda. Sus rasgos se agrandan, se esfuman y terminan por disolverla al punto de ser irreconocible para ella misma. El sufrimiento de los mundos tradicionales no les evita su propio calvario, puesto que la tradición tiene el privilegio moral de resistir, de conservarse; en tanto que la modernidad está condenada a la terrible esclavitud de crecer sin cesar y de rehacerse. Su lugar auténtico se eclipsa en el abismo de un territorio sin límites, donde se pierden los signos de su propio progreso, y participa en la retórica cultural con una convicción y una desesperación superior aun a la de los otros.